

# L A L B O R A

## SEMANARIO

### DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 7 de Agosto de 1875

Núm. 43.

#### SUMARIO.

Los refranes mentirosos, tradicion, por Ricardo Palma.—Dos víctimas de un infame, tradicion, por Clodomiro Concha.—La Madrina severa, continuacion, poesia, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—El expósito, por M. P. P.—Mis pensamientos sobre la religion del Crucificado Jesus, por Sor Maria Teresa.—Pensamientos.—Llanto, miedo, nervios.—A una cabellera rubia, inéditos, por Numa P. Llona.—Mosaico por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—Charada.—Soluciones.

#### LOS REFRANES MENTISOSOS.

(TRADICION)

I.

#### EL GOZO EN EL POZO.

Vá al hoyo el mozo  
Y el gozo al pozo.

**H**ÁME dado hoy el naípe por probar, con el testimonio de sucesos tradicionales, que en el Perú tenemos refranes que expresan todo lo contrario de lo que sobre ellos reza el Diccionario de la Real Academia de la Lengua.

Siempre oí decir cuando se falsificaba una noticia, de aquellas que en el primer momento producen un alegrón:—pues, señor, *el gozo en el pozo*—Y dicho esto se quedaba un prójimo tarulato y allí-quebrado.

Ahora, lean ustedes la crónica que voy á desenterrar y convendrán conmigo en que bien puede la Academia echarle un remiendo al refrancito.

El 2 de Febrero de 1579, Doña Lucrecia de Sanjoles y su hija Doña Mencía de Vargas, fundaron en el área que hoy ocupan la iglesia parroquial de San Marcelo y el conventillo ó casa llamada de la Pregoneria, una congregacion de religiosas bernardas de la órden del Cister, obteniendo, en 1584, de Gregorio XIII la correspondiente bula aprobatoria. Mientras edificaban el monasterio y templo de la Trinidad, al cual se trasladaron en 18 de Junio de 1606, vivieron en el antedicho local de San Marcelo, que, como es sabido, fué tambien el que primitivamente ocuparon los agustinos, desde 1554 hasta veinte años despues en que una noche y con gran sijilo, para no ser embarazados por los dominicos y mercedarios, se mudaron con bártulos y petates á los espaciosos claustros que ogaño habitan.

Fué el año de 1581 fenomenal para Lima. El Rimac, de suyo miserable de agua, estuvo en ese año tan remolon y cicatero, que apenas si traía la cantidad precisa para que los habitantes apagasen la sed. Hasta la fuente de la Plaza (que no era la que hoy tenemos, sino un pilancon construido en tiempo del virey Toledo) apenas pudo darse el lujo de dejar correr un chorrito como un hilo.

Los pozos se secaron y claro está que el de la casa de la Pregoneria no habia de ser la exepcion.

Las hermanas ó monjas bernardas se vieron en apuros y, despues de agotados los expedientes profanos, resolvieron acudir á san Nicolas de Tolentino para que las sirviese de abogado cerca de quien todo lo puede.

Yo no sé como se las compondria el santo, ni si repartió panecillos benditos en la corte celestial para propiciarse influencias y salir airoso en el empeño; pero uniformemente dicen las crónicas que he consultado que paseado el santo en procesion de rogativa por el claustro, lo condujeron las monjas al coro, donde, interrumpiendo el religioso cántico y con gran halaraca, penetró una hermana lega gritando:

—Madrecitas! Madrecitas! Milagro! Milagro! El agua reboza! Victor San Nicolas!

Las monjas dejaron abandonado al santo, que asi es de ingrato el corazon humano aun en los seres dados á la práctica de la virtud, y atropellándose unas á otras se precipitaron en el claustro.

La hermana lega no habia mentido. El agua manaba en gran cantidad.

El pueblo acudió á las puertas de la Pregoneria, ganoso de dar fé del milagro; y tal fué el barullo, que el Arzobispo se vió en el caso de otorgar permiso para que cualquier motilon pudiera penetrar en el santuario.

No hubo en Lima quien no se diera la satisfaccion de llenar un cántaro con agua del pozo en lo que, francamente, los perjudicados fueron médicos y boticarios; porque á la tal agua se la creyó con mas virtudes, que recientemente á las de Huacachina y Lourdes para sanar todas las enfermedades conocidas y por conocerse. Nunea tuvo mayor boga el sistema hidropático.

Eso tiene de bueno el pueblo. No se mete



en filosofías y cree *con la fé del carbonero*. Y ya que por incidencia se me ha venido á la pluma este refran, no estará fuera de lugar el que consigne aqui su orijen.

Cuentan que Don Alonso el Tostado, obispo de Avila, (aquel que, sobre materias teológicas, escribió tan crecido número de infolios en latin que hoy mismo para ponderar la fecundidad de un autor se dice:—*escribe mas que el Tostado*) departiendo un dia con un mozo del pueblo, que llevaba carbon para la cocina episcopal, le preguntó:

—¿Qué crees?

—En el credo, contestó el carbonero.

—¿Y qué mas?

—Lo que cree la Santa Madre Iglesia.

—¿Y qué cree la Iglesia?

—Lo que yo creo.

—¿Y tú qué crees?

—Lo que cree la Iglesia,

Y por mas que el prelado lo zarandeaba con preguntas, el buen carbonero no apeaba de lo dicho ni variaba sílaba ó letra.

Llególe á Don Alonso el trance del morir.

Presumo que su ortodoxia no seria de las muy probadas y que en sus obras se le habria escapado alguna proposicioncilla malsonante; porque la clerecía rodeó su lecho y no hubo preste que no se empeñara en urgirle la conciencia. El obispo, que por cierto no estaba para mucha conversacion, cortó por lo sano diciendo:

—Hijos míos... ¡Como el carbonero! Como el carbonero!

Y cerró el ojo y nació el refran.

Volviendo al milagro de San Nicolas de Tolentino, diré á ustedes que hubo en Lima luminarias y repique general de campanas.

El gozo salió del pozo, por mas que se escriba que el gozo cayó en el pozo.

## II.

### NO HAY CUIDADO QUE NO EMBISTE.

Del agua mansa  
Me libre Dios.  
Que de la brava  
Me libro yo.

Este es otro refrancito que miente cómo un desvergonzado. Cansados estarán ustedes de prevenir caritativamente al prójimo que se ande con tiento y se precaucione de alguien que le tiene tirria, enemiga ó mala voluntad, y archi-cansados estarán tambien de oír esta respuesta:—no hay cuidado, que no embiste.

Pues juzguen ustedes, por lo que voy á contarles, si merece pizca de fé el dicharachito.

Acostumbrábase en el Cuzco sacar á San Marcos en procesion, el dia de su fiesta, desde la iglesia de Santo Domingo hasta una capilla distante seis cuadras.

Si han visto ustedes estampas de San Marcos, sabrán que á su lado se pinta siempre un buey. ¡Varajuste! Ahora caigo en la cuenta del porqué es San Marcos patron de los matrimonios.

La procesion del año de 1556 fué espléndida. Mayor lujo no podia apetecerse. Ahorremos descripciones con decir que nuestros abuelos sabian hacer esas cosas en grande y sin tacañeria. Todo lo mejorcito

de la ciudad, damas y caballeros, estaba allí de veinticinco alfileres.

Delante del andaliba el gonfaloniero ó alférez real con el estandarte, y tras él un buey cubierto de flores y con las astas forradas en oro.

El buey del año 1556 era el mas bonachon de la familia. Para el caso no se encontraba otro tan manso en diez leguas á la redonda. Verdad es que en ese tiempo no habia muchos de su especie, para escojer como en peras; porque la introduccion del ganado vacuno en el Perú era de muy reciente data.

Al regresar la procesion á Santo Domingo, los cabildantes y demas gente *de viso* formaron calle desde la puerta del templo hasta el altar mayor.

Hallábase entre ellos y próximo á la puerta el capitán Don Inigo Pastoriza, mozo muy dado á andar siempre en busca de la flor del berro y que, olvidándose del respeto debido á la casa de Dios, se ocupaba por el momento en guñar el ojo á una hija de Eva, abstraído en ideas é intenciones libidinosas.

Probablemente el buey se creyó autorizado para ejercer funciones de pertiguero; porque, enfureciéndose de improviso, cojió entre las astas al escandaloso capitán y, lanzándolo al aire, lo arrojó de espaldas fuera de la iglesia.

Después de esta barrumbada, se quedó el animalito como si tal cosa; y prosiguió muy pacíficamente su camino.

El coronista que hace relacion de este suceso lo califica de milagro y de patente castigo del cielo.

Por supuesto, que yo tambien pienso lo mismo. ¡Pues no faltaba mas sino que saliese yo ahora descantillándome con negar la autenticidad del milagrito!

Con que así, niños, ojo! Mucho ojo y mírense en este espejo los que van á la iglesia, no á oír la palabra divina sino á hacer carantoñas á las muchachas.

Cuando acudieron á socorrer á Don Inigo le hallaron dando *las últimas* boqueadas ¡Tan feroz habia sido el porrazo!

Y todavía dirán:—*no hay cuidado, que es buey manso!!!*

Que otro coma confianza y se atenga á refranes, que por lo que atañe á este humilde sacristan... ¡un demonio!!!

RICARDO PALMA.

Lima, Agosto 4 de 1875

### DOS VICTIMAS DE UN INFAME.

(TRADICION.)

1.

**E**STAMOS en el año 1684. Se acostumbraba en la Serena publicar un bando convocando á un *alarde gentil*, dias antes del en que celebra la iglesia á San Bartolomé, patrono y tutelar de la ciudad.

El bando, que siempre era el mismo, estaba

concebido de la manera siguiente, se entiende que en él no habia otra diferencia que los nombres propios y las fechas.

“El señor don Jerónimo Cortés y Monroy, gobernador y justicia mayor de esta ciudad de la Serena y su jurisdiccion, y lugar-teniente de capitán general de mar y tierra en ella por S. M., etc.

“Digo: que por cuanto el dia veinte y tres del corriente mes de agosto es víspera del apóstol glorioso San Bartolomé, patron y abogado de esta dicha ciudad, y que es dia en que se saca el real estandarte por las calles, así el dicho veinte y tres, como el siguiente veinte y cuatro, para cuyo efecto mando á todos y á cualquiera persona, vecinos ó moradores, estantes ó habitantes en esta ciudad como en sus valles y comarcas. A los dichos dias parezcan todos en ella, prevenidos con sus caballos para acompañar al real estandarte como dicho es; pena de cincuenta pesos aplicados por mitad, á la cámara de S. M. y gastos de justicia; y á los mozos pobres cinco pesos, aplicados en la misma forma y ocho dias de cárcel, etc.”

El paseo del estandarte era el mayor y mas notable acontecimiento del año, á causa de las fiestas públicas que tenian lugar y de los numerosos saraos particulares con que terminaba.

Sacábase el estandarte de la casa del alférez real, que en el año á que nos referimos lo era don Fernando Aguirre, y con gran aparato y ostentacion se paseaba por las calles, adornadas de antemano con colgaduras y flores y no sabemos qué mas.

Por enfermedad del señor Aguirre, y por acuerdo del cabildo, ese año lo paseó el general don Agustin de Rojas y Monroy.

La fiesta fué deslucida en comparacion á los años anteriores; porque, como dice un documento de aquella fecha, se determinó “por el mal año, pasearlo á pié por no tener los vecinos la decencia necesaria.”

Dejemos los documentos que nos han servido de introduccion y vamos á la historia.

El mismo dia del bando y á la misma hora, se encontraron dos personas en una de las esquinas de la plaza.

El uno era el fiel ejecutor don Baltazar Diaz y el otro el asesor don Juan Ramirez.

Entablaron una larga conversacion acerca del acontecimiento del dia y agotada la materia, Ramirez dijo á Diaz:

—Con que don Baltazar, ¿aquello es ya cosa hecha?

—Y sin remedio—contestó con risa sardónica Diaz.

—Pues entónces allá nos veremos, á la tarde. No puedo pasar un momento sin verla... es tan hermosa!

—¿Y ha reparado su merced en la madre? Qué bizardia, qué arrogancia!...

—Sin dejar de reconocer esa verdad, con venga su merced que la hija es un serafin... Me tiene loco....

—Hasta luego, don Juan.

—Páselo su merced bien, don Baltazar.

Y un apretón de manos puso fin al corto y enigmático diálogo.

El ruido de los tambores y trompetas del bando habia cesado, y la solitaria Serena, des-



pierta por un momento, volvió á quedar tranquila.

Mientras tanto don Juan caminaba pensando:

—Cuánto la amo! Mi pecho se llena de grata alegría cuando pienso en ella!

Don Baltazar pensaba igualmente para su capote:

—Me parece mas apetecible su dinero que su persona. Es cosa decidida, una bendicion me pondrá en posesion de un gran caudal.

Don Baltazar tendria á la sazón cuarenta y cinco años, y don Juan veinticuatro á lo mas.

Don Baltazar abrigaba sentimientos bajos y mezquinos; pero su pasion dominante era una ambicion ilimitada; y ademas se hacia notable por su inquebrantable tenacidad para obtener el fin y objeto que se proponia.

Don Juan era todo lo contrario, de alma grande y generosa, y de corazon noble, sus inclinaciones marchaban de acuerdo con aquellos dos agentes de las acciones del hombre.

Don Juan era un cumplido caballero.

Don Baltazar era feo; pero tenia una mirada penetrante y siniestra; su entrecejo plegado por costumbre, le daba el aspecto de un hombre que medita un plan de venganza espantoso.

Don Juan, de rostro varonil, de alto y esbelto cuerpo, tenia una mirada dulce, tranquila, que daba á su rostro un marcado aire de honradez y caballerosidad.

Como se vé, era el uno antítesis del otro; eran dos polos opuestos.

## II.

Al comienzo de esta relacion, haria dos años á lo mas que habia llegado del Perú doña Luisa de Olascoaga, con dos hijos; llamábase el mayor Benito y el menor Clara. Ademas, acompañaba á estas tres personas un mulato esclavo de mucha confianza de su señora, y que habia criado, como se dice, á Benito.

Era Benito un jóven bello, enérgico y de maneras caballerosas, como criado en la corte del virey, y contaria veintidos años.

Clara, su hermana, era un dechado de hermosura y candor; las gracias habian formado su cuerpo é inspirado generosos sentimientos á su alma pura. Tendria á lo mas diecisiete años.

La edad del primer amor, de ese amor que jamás olvida una mujer, por mas que acontecimientos venideros modifiquen su existencia.

Un hombre que ciega, por alguna circunstancia ¿podrá olvidar la luz del sol?

Doña Luisa, que pisaba los umbrales de la respetable cifra, para una mujer, de los cuarenta, se conservaba guapa, lozana, apetitosa todavía, esto sin contar con el aliciente de una saneada fortuna.

Inútil nos ha parecido decir que la señora era viuda.

Los motivos que la indujeron á venir á la Serena nos son completamente desconocidos, y como para el desarrollo de esta historia no vienen al caso, no hemos puesto empeño en averiguarlos.

A poco de haber llegado esta familia, principió á desplegar un boato desconocido en

aquella época, y como su comportamiento estuviera sometido á la mas severa observancia religiosa, pronto contrajo relaciones de amistad con lo mas selecto de la sociedad de la Serena.

Se hicieron un honor en visitarla las familias del general don Agustin Rojas y Monroy, la del alcalde don Rodrigo de Rojas y Rivero, la del rejidor don Francisco de Juica, la del procurador don Lucas Arqueros Ortiz y tantas otras, entre las cuales podemos contar á don Baltazar y don Juan.

Este último terminó por amar con delirio á la modesta y encantadora Clara.

Don Baltazar no amaba otra cosa en doña Luisa que su dinero.

Clara terminó por concebir por don Juan un amor inmenso, pero recatado y tímido.

Un dia que estaba de visita, mientras don Baltazar conversaba muy íntimamente con la señora, don Juan hizo su declaracion á Clara.

—La amo á usted, Clara, con un amor de fuego; usted me ha avasallado, y ante usted soy su prisionero.

La jóven temblaba y no se atrevia á responder una palabra, le parecia que al entreabrir sus labios iba á cometer un crimen.

—Una palabra, Clara, una sola y me hará usted el mas feliz ó el mas desgraciado! ¿Me corresponde usted, Clara?

La ninfa fascinada pronunció apenas:

—Sí!....

La alegría de don Juan no tuvo límites.

Por una casual, aunque no rara, coincidencia don Baltazar, en esa misma visita, declaró tambien su amor á doña Luisa.

Poco cuesta decidir á una cuarentona; y ademas don Baltazar, desde el principio, la aplastó con aquella frase espantosamente prosaica, pero de tan maravilloso efecto: *yo me caso con usted.*

Arregladas las cosas de esta manera, resolvieron efectuar el matrimonio el dia del glorioso San Bartolomé, patrono de la Serena.

¿Qué mas habia que ver! Ella era viuda y él mayor de edad, no habia impedimento ni persona á quien consultar.

## III.

Por demas es decir que Benito y Clara reprobaron la determinacion de su madre, y por mas observaciones que la hicieron, la señora permaneció firme en su resolucion.

Mientras tanto don Baltazar hacia los preparativos, y escribia esquelas de invitacion para el sarao que debia tener lugar despues de la ceremonia y con que quedaban terminadas y cerradas, segun costumbre, fiestas de esta naturaleza.

Por fin llegó el 24 de agosto de 1684, es decir, el dia de San Bartolomé, y como se lee en la CRÓNICA DE LA SERENA, de donde hemos tomado algunas piezas:

“A las diez de ese dia el subdelegado correjidor, acompañado del cabildo, comunidades religiosas y demas autoridades, y de las milicias de la ciudad y del distrito, á quienes de antemano se habia citado, bajo pena de multa, se dirijia á casa del alfez real á escoltar el estandarte que conducia á la plaza, se colocaba en lujoso tablado, se pronunciaban arengas y loas, y desde este punto la comitiva se dirijia por varias calles, haciendo caraco-

lear sus corceles, hasta volverlo á dejar, bajo el dosel, en casa del alfez real.”

Como ya hemos dicho, este fué el dia fijado para el casamiento; el cura párroco don José de Cuéllar, estaba prevenido y la gente principal convidada.

Despues de la procesion ó paseo del estandarte, don Baltazar y don Juan se dirijieron á casa de doña Luisa á convidarla á la corrida de toros que esa tarde habia en la plaza, y á prevenirla que para ella tenian preparado un lujoso tabladillo.

Despues de las fiestas reales de ese dia la concurrencia se dirijió á casa de doña Luisa, y á poco principió el sarao ó fandango.

Todo era alegría y placer.

Solo Benito y Clara estaban tristes y mediatubundos.

Don Juan se acercó á Clara y la dijo:

—¿Qué tiene usted, por qué esa tristeza tan ajena á su carácter?

La jóven ahogó un suspiro y contestó:

—Este casamiento, don Juan, me trae desazonada. Desde que mi señora madre me comunicó su determinacion, no he tenido un instante de tranquilidad.

—Eso es natural, Clara. Ah! cuando nosotros seamos tan felices como ellos, cesará esa inquietud.

—No sé qué presentimiento me asalta de que no serán felices.

El baile terminó á las doce de la noche, porque habia principiado á las oraciones.

Felices nuestros antepasados que jamas trastrocharon, ni aun los *serenos*, porque no los hubo.

## IV.

La luna de miel de doña Luisa tuvo muy corta duracion, y pronto principió á conocer que las reflexiones y consejos de sus hijos encerraban un fondo muy grande de verdad.

Don Baltazar, de manso cordero, se tornó en un demonio y el simulado cariño se trocó en odio.

Un mes despues de este acontecimiento, don Juan Ramirez pidió la mano de Clara, la que le fué concedida.

Como era costumbre, el matrimonio quedó aplazado.

La esperanza de que pronto perteneceria al hombre que amaba, hacia dichosa á la pobre niña.

Mientras tanto, don Baltazar habia concebido una pasion desenfadada por Clara, y las repulsas, desdenes y desvios de ésta, aumentaron los apetitos de sus desordenados deseos.

La jóven conoció al momento su crítica posicion.

Y don Baltazar, impertérrito y resuelto, la declaraba su amor.

Desde entónces Clara se armó de un afilado puñal que consiguió con el mulato esclavo. Con esta medida quedó mas tranquila.

Y esto que Clara no conocia la historia de Lucrecia, ¿y cómo debia conocerla cuando en esa época todos ignoraban en la Serena que hubiera habido una mujer suicida?

Benito, despues del casamiento de su madre, se retiró á una hacienda que la familia poseia en el interior del valle de Elquí.



Una noche que Clara estaba en su aposento, triste y pensativa, según costumbre, un ligero ruido la despertó; volvió la cabeza y vió á don Baltazar de pié, á sus espaldas, mirándola con ojos de sátiro.

Clara intentó huir, pero la mirada de aquel hombre la clavó en su asiento.

Un poco más recobrada de su espanto, le preguntó:

—¿Qué necesita, don Baltazar?

—¿Qué necesito? Tú lo sabes! Mi amor hacia tí es inmenso, terrible, devorador!... Esto lo sabes tú!

—Don Baltazar, usted es un infame! ¿Pretende usted mi deshonor? Eso no lo obtendrá usted, yo se lo juro. Salga usted!...

—Es inútil tanto enojo; ni me intimida ni aplaca mi pasión; todo lo contrario, la aumenta... Por Dios, Clara, apaga el amor que el fuego de tus ojos ha encendido en mi pecho; apaga este fuego que me abrasa el alma. Con una palabra tuya lo obtendré... Clara, compadéceme!...

—Jamás, nunca!

—Ten presente que lo que pido de rodillas, lo puedo obtener á la fuerza! Reflexiona y responde!

Clara tembló, porque conocía de lo que era capaz don Baltazar.

Y haciendo un esfuerzo inaudito para mostrar valor y energía, respondió:

—Solo un cobarde puede pronunciar esas palabras, así y todo desafío á don Baltazar á que haga uso de sus fuerzas físicas!

—Pues bien, ya que lo quieres!

Y avanzó hacia la jóven con los puños cerrados y despidiendo sus ojos resplandores rojizos.

Pero Clara, de un salto, se colocó al extremo del aposento armada de su puñal.

—Miserable—dijo—si das un paso más tropezarás con mi cadáver!

Don Baltazar retrocedió espantado, y como todo cobarde que ve frustrado su intento, murmuró con rabia reconcentrada:

—Peor para tí. ¿Crees que te tengo miedo? Te equivocas, pues mi amor es una de esas inspiraciones satánicas que no retroceden ante ningún obstáculo! Serás mía, te lo juro por la salvación de mi alma!

Y arrojándola una mirada indescriptible de furor, lascivia y venganza, salió del aposento.

La jóven atrancó prolijamente la puerta, y se arrojó en un asiento abatida por tantas emociones.

—No debo permanecer por más tiempo en esta casa!... si pudiera ver á don Juan...

En efecto, don Baltazar ya hacia tiempo que habia prohibido á toda persona visitar la casa, y á Clara salir de ella, ni aun los días de precepto al templo.

Era aquella una cárcel!

Y el carcelero era don Baltazar!

## V.

A todo esto, el plazo fijado para el casamiento de don Juan con la jóven se acercaba, y esta circunstancia traía más desasosegado que de ordinario al lujurioso don Baltazar.

No pudiendo impedir esta unión que le despedazaba el corazón, formó su plan y esperó más tranquilo.

Clara tenía por costumbre beber una jícara de chocolate ántes de acostarse, que, entre paréntesis, era costumbre de aquella época, y una noche notó la jóven con extrañeza que sus párpados pesaban y tendían á cerrarse, por más esfuerzos que en contrario hacia, y además que sus oídos le zumbaban y su cabeza estaba pesada.

Se apresuró á acostarse y poco después se durmió.

No harían minutos que dormía la jóven, cuando don Baltazar se deslizó de debajo la *cuya* con el rostro animado con una alegría ferroz y satánica.

Y contempló á su víctima.

Clara dormía, y por su respiración forzada parecia que era presa de sueños terribles.

Su abundante y negra cabellera, en desorden, formaba un marco de ébano al redor de su bello rostro.

—¿Qué hermosa está!—murmuró el sátiro—Oh! yo no juro en vano por la salvación de mi alma!

## VI.

Principiaba á amanecer cuando Clara despertó de su sueño, abrió los ojos lentamente, miró á su alrededor y notó con asombro que un hombre estaba á su lado.

Un espantoso terror se apoderó de la jóven é intentó huir; pero la mano férrea del hombre la detuvo.

—Es inútil—le dijo don Baltazar—que huyas, las cosas se arreglarán pacíficamente.

Clara creía estar aun bajo la influencia del terrible sueño que la habia embargado.

Poco después lo comprendió todo y lanzó un grito de angustia y dolor.

En seguida dijo, lanzando una carejada:

—Dios me perdone!

Y cojiendo de debajo de los almohadones el puñal que no abandonaba, con mano firme y segura se lo hundió en el corazón.

La sangre salió á torrentes.

Don Baltazar huyó precipitadamente aterrorizado y fuera de sí.

Pronto se divulgó la noticia de la extraña muerte de Clara.

Don Juan estuvo á punto de perder la razón, y sus amigos lo obligaron á hacer un viaje á Santiago.

Se hicieron circular especies raras y desconocidas, acerca del carácter de la jóven, se hizo declarar al mulato, el cual confesó que hacia algunos meses habia proporcionado á su señorita el puñal con que se habia dado muerte, etc.

El crimen quedó impune.

Solo doña Luisa sabia la verdad.

Pero ¿cómo hablar?

Y entonces, mas que nunca, recordaba los consejos de sus hijos.

Días después de este suceso, doña Luisa se miró al espejo, y retrocedió espantada.

Habia encanecido completamente.

Algunos años después, don Baltazar murió en Lima en la mayor miseria, pues se habia entregado al juego y á la bebida.

CLODOMIRO CONCHA.

## LA MADRINA SEVERA.

Continuación.

El 24 de Agosto

Jente hay que, por ignorancia,

Dice que el diablo anda suelto,

Y hasta hacen cruces de caña

Y otras mil vulgaridades

Que en este siglo no pasan.

Para esa fecha las bodas

Debian ser realizadas;

Pues teniendo la señora

Ideas del todo rancias,

Era una cosa segura

Que purificase su alma,

Para no caer ese día

De Satanás en las garras.

Aun no habia amanecido

Cuando ya en la calle estaba,

Donde le salió al encuentro

Su amigo Juan, con paraguas,

Por que ese día llovía

Que era de espantar el agua.

Caminaban por las piedras,

Pues las lozas empapadas

Los que no caían en ellas

Por lo menos resbalaban.

No propuso darla el brazo,

Pues creía una cosa mala

Que el brazo de una mujer

En el suyo se apoyara.

Después de un largo silencio

Tomó Don Juan la palabra

Y díjole á la señora

Que ¿como estaba su ahijada?

Soltó entonces la sin hueso,

Porque estaba sofocada.—

¡Ay! querido amigo mio!

Es preciso que esto se haga

Cuanto antes, porque yo sola

No puedo ya sujetarla.

¡Qué crespesitos se envuelve!

Qué taconcitos! qué enaguas

Cosidas con tanto esmero!

Qué cinturones! ¡qué batas!

El otro día se puso

Una polca colorada.

—¡Colorada! ¿y que fué aquello?—

Garibaldi... ¡Virjen santa!—

—Ya no me puedo casar.

Esa camisa de lana,

¡Señora, está prohibida!

Y si hoy mismo no es quemada

Le ofrezco á usted seriamente

Que no piso más su casa,

Pues la que usa tal vestido

No puede ser ni cristiana—

La señora escrupulosa,

Y en exeso timorata,

Al entrar en la Alameda

Cayó al suelo desmayada.

Cuatro mozones, de aquellos

Que trasnochaban en jaranas

Venían á esa hora en chispa

Como de la *Puente Amaya*,

Y del diálogo antedicho

No perdieron ni palabra.

Y mientras que dos de aquellos

A la privada auxiliaban,

Los otros se hicieron cargo

Del predicador de marras,

Llevándolo á toda prisa

Por fuerza al Paseo de Aguas.—

—Señores, iba diciendo,

No tengo reloj ni plata;

He venido á confesarme;

Déjenme la vida en calma—

—Y ellos seguían tranquilos

Como si no le escucharan.—

En esto la aurora alegre

El nuevo día anunciaba,

Y los extraños viajeros

A la Piedra Lisa entraban.

—¿A donde vamos, amigos?

—¡A usted no le importa nada...!

Y le dejaron sin ropa

Como para ir á la cama,

Que un baño frío á *fortiori*

Diéronle esa madrugada,

Y riéndose de aquel chasco

Se volvieron á su casa:

Mientras el pobre imprudente

Estuvo media hora larga,

Con todo el susto entre el cuerpo



Y todo el cuerpo entre el agua.  
 Los otros dos á la enferma  
 Se la llevaron cargada  
 A un lado del Pedregal  
 Donde tendieron sus capas,  
 Y con la mayor cautela  
 Trataron de acomodarla;  
 Pero ella al volver en sí  
 Y verse en aquella pampa  
 Murmuró: ¡—Mozos! Impíos!  
 Sin maneras ni crianza!  
 —Vamos, le dijeron ellos,  
 No se nos ponga tan brava,  
 Que si algunos malhechores  
 Viéndola allí abandonada  
 Hubieran llegado á tiempo,  
 No estaria U. tan guapa.  
 Y en celebridad del lance  
 Quítese pronto la manta,  
 Y recibamos al dia  
 Bailando una *moza mala*.—  
 Para el efecto armaron  
 Un viejo cajon de lata,  
 Que en el despoblado aquel  
 Botó alguna mano estraña.  
 El mas joven de los dos,  
 Calavera y entusiasta,  
 Con golpes en el cajon  
 A la señora alocaba.  
 —¡Vamos . . . Eche usted un verso  
 Que la mano se me causa,  
 Aunque sea un vejestorio  
 De cuando el virrey mandaba.  
 —Mire usted que con la bulla,  
 De las huertas inmediatas  
 Nos pueden hacer un tiro  
 Creyéndonos jente mala.—  
 Principie U. de este modo:  
*No te dé pena, Mariana,  
 Y aunque venga quien viniere  
 Echale pólvora y bala.*—  
 (Y aquella pobre señora  
 De impaciencia reventaba,  
 Porque esos mozos mareados  
 No respetaban sus canas.)  
 La habian hecho pararse  
 Y parecia una estatua,  
 Con una pollera negra  
 Y encima una polca blanca,  
 Pues atada en la cintura  
 Tenia un mozo su manta,  
 A fin de tenerla presa  
 El tiempo que se antojaran,  
 Mientras tanto al redor de ella  
 Estaban baila que baila.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

(Continuará.)

## EL EXPOSITO.

**P**OBRE niño!

Solo en la tierra, abandonado en la sociedad, mueren sus primeros vagidos en el estrecho torno de una inclusa; la civilizacion le rechaza, el mundo le abandona, la caridad le recoge.

Su orto ha sido un orto de tinieblas.

El hambre y la sed le acechan, el infanticidio le ha perdonado, y le espera el mercenario regazo de una madre que se alquila.

Llora la infeliz criatura, por mas que sus infantiles ojos buscan la luz de la maternidad, solo encuentran el nublado rostro, el

torvo-ceño de una mujer cuya profesion se reduce á subhastarse en público ó en secreto para regar mezquinamente un fruto que no es suyo, para lactar un ser en cuya alma no se rebervera la suya.

Rie el recién nacido, y su celestial é inoentísima sonrisa pasa desapercibida á la campesina ruda, para quien no hay mas descanso que cuando la niña duerme ó el niño no pide el pecho.

Angel de amor y esperanza, solloza aterido, tiritita desventurado sin el calor del eterno regazo, quéjase instintivamente avaro de un cariño que no encuentra, trábanse sus lábios al pronunciar la dulcísima palabra "madre," y hiere su corazon con dardo de hielo la envidia al oír el grito, "padre."

Densa nube de sombría tristeza orla su frente mústia; amargura sin nombre desbórdase de su corazon tristísimo; horrible agonía embarga su alma, asida todos los dias y á todas horas, como el náufrago á la tabla que se hunde, á la esperanza apenadora y sin consuelo del hallazgo de un padre que se acuerde del hijo que engendró, de una madre que bese enternecida y frenética á la hija de sus entrañas.

Sus sueños son sueños de delirante fiebre.

Su despertar el despertar amargo del desterrado mísero, en cuyo derredor se hace el vacío.

Condenado al suplicio de Tántalo, desfallece de cansancio y sed; mas desventurado Sísifo, húndese cada dia bajo la pesadumbre inmensa de su dolor creciente y el desamparo en que vegeta.

Pobre y abandonado, pide una limosna que le quema al recibirla: ¡quién sabe si la moneda que guarda será la moneda desprendida de la mano de su padre! ¡Quién sabe si la gran señora que le rechaza de sus coches y vuelve el rostro para no verle será su madre!

¡Su madre!

¡Su padre!

¡Ah! no pronuncieis esos nombres ante el expósito, porque los tomará por un sarcasmo.

Rico y feliz, si alguna vez puede ser feliz el expósito, á través de su risa se descubren las lágrimas, disfraza con carcajadas los convulsivos sollozos que destrazan su pecho, cubre con los guñapos de lujo un cuerpo huérfano de las maternales caricias, y dora con el oropel de las conveniencias sociales la perpétua máscara de desamparo y agonía que trueca su vida en muerte, el aparente paraíso de sus goces en el infierno punzador de una soledad sombría, su influencia y poder en el humo de una aspiracion martirio, de un delirio, que mata el alma por consuncion, el delirio, el martirio de no conocer á su madre é ignorar el nombre de su padre.

Su vida, fúnebre lámpara de pálido reflejo y oscilante llama, apágase por grados, consúmese rápidamente, y momentos hay en los que espera con avidez febril, con impaciencia alegre, la hora de la agonía, para cesar de sufrir y abandonar la region sombría de un mundo que no le ha conocido, por la inmortal luz de otra vida, en la que mas que ninguna otra criatura sueña el expósito.

Alguna vez la voz del porvenir le grita, el génio que se despierta en su alma le conmueve, la vocacion le impele, en cuyo caso

la ciencia ó el arte galvanizan su corazon inerte.

Entónces el expósito rompe el helado círculo de su acervosidad, lánzase por los espacios del estudio y la meditacion, coloca sobre sus sienes la corona del inspirado, vive la vida del espíritu, magnífica y grande, álzase erguido, sobre el pedestal de su talento, sobre la base de su laboriosidad; atúrdese con el estruendoso eco del aplauso de la generacion que le admira, baña su vista en la esplendente luz de los horizontes del amor, la celebridad y la justicia; pero ¡ay! al tornar sus ojos cuajados de inefables lágrimas por la gratitud que en él exita la generacion que le aplaude, tropieza su mirada en el regazo de una pobre madre que besa con efusion á su idolatrado hijo, y entonces el llanto que vierten sus ojos escaldas sus mejillas, hincha su pecho el estertoroso hipo de apenadores sollozos, y siéntese herido de muerte, perpétuamente condenado, como está, á no poder decirlo que felizmente dicen los que no son expósitos, ¡padre mio! ¡madre del alma!

Esa es la vida del expósito.

¿Pero qué importa el expósito?

¿Qué importa un pária mas en la sociedad?

El mundo goza y rie, el mundo tiene su código, la civilizacion ha escrito en el decálogo de su ley egoísta el precepto infamante de abandonar al débil y hundir al humilde.

Cometer un crimen, prevaricar y mentir, ni es mentir ni es prevaricar, ni asomos de criminalidad encierra, si la falta se barniza ó dora con esa fraseología vacía de sentido, descolorida y repugnante, cuya jerga se traduce por las conveniencias sociales, la inexperiencia del hombre, el pudor de la mujer, el honor de una familia, lo ventajoso de un enlace, etc, etc.

¡Honrada queda la mujer seducida entregándose al hombre que la engaña, y se deshonra si cumple con el precepto, que ninguna fiera desdeña, si amamanta al hijo de sus entrañas!

Sepulcros blanqueados, esos corazones tímidos para el bien, contumaces en el mal, ansían la mentida y burlesca corona de una pureza-engaño, arrancando de su seno, con sacrílega mano, las entrañas de sus entrañas, abandonando al azar el germen de su vida, depositando en el sombrío torno una centella de su alma, una fibra de su corazon.

Almas de nieve para el bien, derrítense y se funden al menor hálito del mal.

Pero ¡ah! no las injuriemos.

Pobres mercenarias de un amor mentira, repudian el amor santísimo, escrito por la naturaleza en el corazon de la mujer, y pónense por debajo de la leona, que defiende con las mandíbulas á sus cachorros: muy por debajo de la hembra del tigre, que despedaza con sus garras al que turbe el sueño de sus pequeños hijuelos.

La loba perece por llevar el alimento á sus lobeznos, y la mujer civilizada abandona á un niño que solloza desamparado y triste, para vestir las galas de la desposada, feliz y pura ante los hombres, degradada y maldita ante Dios.

Pero la loba y la leona viven en la grieta de la roca ó el oasis del desierto felices con sus hijuelos, tranquilas con sus cachorros, alegres al lado de su pequeño y único mundo, que forman los hijos de sus entrañas.



En cambio la mujer civilizada, que abandona al sér que mas necesita del materno amor, que no puede vivir fuera del encanto de la caridad, siente atarazada su alma por el torcedor horrible del remordimiento, y noche y dia taladra sus oídos el penetrante grito de la conciencia que la acusa y no le dá tregua en su dolor mudo, que aviva su llanto y la sume en una agonía sin consuelo y sin alivio.

¡Cuántas veces esas desventuradas, al pasar por la religiosa casa que cobija al abandonado por sus padres, habrán sentido algo parecido á todos y cada uno de los tormentos del Infierno de Dante!

¡Cuántas veces esas pobres criaturas, al cruzar la calle dó se alza la cárcel sombría, habrán gritado, á pesar suyo, "¡si estará ahí mi hijo!"

¡Quién sabe si al oír el tristísimo eco de la campanilla que pide oraciones y limosnas por el infeliz que marcha al pátibulo, habrá gritado alguna mujer liviana, comprimida por el dolor, sofocada por el remordimiento, "¡si será él!"

Pobre y amarga es la vida del expósito.

Triste y sin ventura es la existencia del infeliz que desconoce á sus padres.

Pero ¡ay! la expiación de la madre de esa criatura es horrible.

El recuerdo del padre de ese niño, es feroz por lo sombrío, fatal por lo tenaz, tremendo por lo continuo.

Entre el sér que desconoce á sus padres, y los padres que arrojan á ese sér al azar, la ventaja está por el oprimido y el abandonado; la ley natural ampara al niño, el Evangelio es su tutor, el amor de la humanidad su refugio.

En cambio, la moral y la humanidad, la honradez y la simpatía, rechazan con indignación y desprecio á la mujer y al hombre, cuya baja cobardía ha tropezado con el hastío en los límites del vicio, impidiéndoles ver claros los horizontes vívidos y hermosos de la paternidad, que expanden el alma, de la maternidad, encanto dulcísimo y puro del corazón immaculado, del sentimiento virgen.

M. P. P.

Junio de 1875

## MIS PENSAMIENTOS

Sobre la Religión del Crucificado Jesús!

(Conclusion.)

EN el número pasado, tuve el honor de manifestar algunos de los atributos y encantos divinos con que se presenta engalanada nuestra dulce Madre la Religión Cristiana. En este continuaré el mismo asunto que es el de mis presentes meditaciones...

Así como no hay luz mas encantadora que la de los primeros crepúsculos de la mañana, que hace experimentar al corazón humano las mas gratas emociones, y pone en alegre movimiento todo el universo; pues hasta los irracionales manifiestan su contento, al ver que se acerca el astro luminoso que con su claridad y su calor los ilumina y vivifica; así no hay luz mas esplendorosa y apacible, que la que la Religión de Jesucristo, comunica á todos los que tienen la dicha de nacer y vivir en su seno... Esta luz fué vista en aquella dichosa gruta ya citada, cuando al nacer aquel

Divino Misionero envuelto en las oscuridades de la indigencia, se puso en movimiento el cielo y la tierra. Del primero descendieron los espíritus celestes entonando en armoniosos y divinos himnos el mas elocuente cántico de gozo...! De la segunda, corrian los reyes y pastores con ardorosa prisa y santa emulación, á contemplar aquel grande misterio que con tanto gozo se les anunciaba...! Las inocentes avecillas poblaban el aire y hacían resonar por todas partes sus melodiosos trinos y gorgoros...! Los cuadrúpedos... en fin... todo, todo respiraba una alegría celestial al despuntar aquella aurora que anunciaba la aparición del Divino Sol, que colocado en medio del cielo, del cristianismo, debía disipar las tinieblas de que estaba cubierto el entendimiento humano, y vivificar el corazón del hombre que yacía moribundo entre los tristes estragos de sus pasiones, llevando por doquiera el degradante distintivo de grosero y carnal...! Si, aquel Divino Institutor, es el astro luminoso que desde que apareció, estendió su luz por todo el Orbe y disipó las tinieblas; pues al resplandor de ella conocieron y conocerán los hombres, la nobleza de su sér y cuales son sus verdaderos intereses; y cuan indigno es de su naturaleza el degradarse por medio de una vida culpable y monótona hasta asemejarse á los irracionales...! Oh Santa Religión de mi Crucificado Jesús...! Tú eres luz, porque eres verdadera...! Tú partiste del seno del Dios Trino al de la santa humanidad y de este, al corazón de todos los mortales, que viven en tu apacible mansión...! Tu divino autor es ese mismo Dios Humanado y por lo mismo quien te sigue, anda en la verdad, y el que de tí se aparta anda en la mentira...! La verdad abraza todo lo que es puro, espiritual y elevado hácia el cielo que es su morada...! La mentira anda en pos de todo lo que es material y perecedero, como son todas las cosas que dejamos con la muerte, pues ninguna pasa mas allá de la tumba...! Tu Divino Sol, que es mi Crucificado Jesús, nos hace ver la verdad en todas las cosas que palpamos, y con el calor y los siete colores de los divinos rayos de su luz, que son sus siete Dones y Sacramentos, hace germinar en nuestros corazones las preciosas semillas de su celestial doctrina, matizando con su divina influencia las delicadas y olorosas flores de todas las virtudes que adornan tu místico jardín...! Oh dulce madre, tierna y compasiva, porque eres sabia...! tú conoces la debilidad de tu hijos...! tú los lloras cuando andan perdidos...! tú los recibes con tiernas caricias, cuando vuelven arrepentidos de su ingratitude...! tú enjugas sus lágrimas, cuando los cerca la tribulación...! Tú los llevas en tus brazos en medio de los peligros del tempestuoso mar de esta vida mortal, hasta colocarlos en el seguro puerto de una felicidad eterna...! Yo felicito á todos los que te siguen y obedecen, y en reconocimiento de la dicha que gozo de pertenecer al noble número de tus hijos, tributaré á mi Dios acción de gracias continuas, y á pesar de mi débil capacidad te ensalzaré con afectos llenos de santo ardor...!

SOR MARIA TERESA.

## PENSAMIENTOS.

DE UN ADOLESCENTE OBSERVADOR Y SESUDO.

SI yo estuviera casado, renunciaria á todas las irregularidades anexas á la vida de soltero; á aquellos devaneos que no traen

mas que amargos desengaños; á aquellas comidas de fonda que fatigan el cuerpo y posturan el espíritu; á aquellas amistades...

Si yo estuviera casado, amaria mucho á mi mujer, porque me parece que debe ser un suplicio perpétuo eso de vivir en compañía de una persona á quien no se ama. Matrimonios hay que apenas suelen verse una hora cada dia; pero me parece que debe ser mucho mas dulce buscar uno á su mujer, que huir de ella ó evitar su encuentro.

Si yo estuviera casado, no quisiera que mi mujer fuese citada con preferencia, ó como modelo, ni por su hermosura, ni por su talento, ni por su modo de vestir, ni por sus maneras; pero tambien desearia que en todo sobresaliese cuerdate.—La mejor esposa (escribe Tucídides) es aquella de la cual el público no dice ni bien ni mal.—Con frecuencia recordaria tambien á mi mujer, para que no abusase en el lucimiento de sus dotes, aquel famoso dicho de ¡madama Cottin: Una coqueta puede muy bien ser virtuosa, pero nunca es inocente.

Si yo estuviera casado, no me encontraria siempre sólo ni en las diversiones ni en los paseos. No me avergonzaria de que me viesan con mi mujer del brazo; mucho ménos aun temeria el ridículo que quieren hacer caer los fátuos y los necios sobre los maridos, pues las tres cuartas partes de tales entes se asemejan á la zorra de la fábula: imposibilitados é incapaces de saborear la felicidad, pretenden desquitarse burlándose de las personas felices.

Si yo estuviera casado, no me asustaria la fecundidad, porque los hijos forman los eslabones de la cadena que enlaza mas íntimamente á la mujer con el marido.

Si yo estuviera casado, procuraria tener una habitacion separada, en la cual trabajaria sin ser interrumpido; pero no me gustaria que ese habitar separado durase todas las veinticuatro horas del dia.

Si yo estuviera casado, no volveria ya a correr en pos de todas las mujeres, olvidando aquello de *cuantas veo tantas quiero* porque solo sentiria amor por la mia: lo que sí procuraria, es ser amable con todas, para que todas envidiasen la felicidad de mi esposa.

Si yo estuviera casado, no seria celoso, por que los celos ponen de mal humor, y el mal humor excluye el cariño. El celoso pasa la vida (dijo Oxentirn) buscando un secreto cuyo descubrimiento ha de causar su desdicha. Sin embargo, tampoco me abandonaria demasiado, pues la confianza excesiva podria ser interpretada por indiferencia, y esta trae consigo graves peligros conyugales.

Si yo estuviera casado, no me opondria á que mi mujer gustase de la música y de la lectura, porque una mujer aficionada á las artes nunca se aburre aunque se quede sola. Pero no quisiera que fuese lo que se llama una artista ó una literata. No me gustan las mujeres sábias, ni las culteranas. Tengo por gran calamidad el estar casado con una mujer que use un lenguaje afectado: *Conviene que el marido (como dice Juvenal) pueda cometer impunemente un solecismo.*

Si yo estuviera casado, llevaria á mi mujer al teatro con mas frecuencia que á las tertulias y á los bailes. *La danza no se diferencia de la locura sino en que no puede durar tanto,* decia un gran rey de Aragon. Dejaria, sin embargo, que mi mujer bailase con otros; pero lo que es walsar y polkar, no permitiria que lo hiciese mas que conmigo.



*Si yo estuviera casado*, no quisiera que mi mujer tuviese una amiga íntima, cuya compañía llegase á serle mas agradable, y aún necesaria, que la del marido. *Las amigas traen fatigas*. Con todo, no quiere esto decir que me opusiera á que cultivase sus amistades de infancia y las justas relaciones sociales.

*Si yo estuviera casado*, en Diciembre de cada año votaria, previa la mas amplia y franca discusion con mi mujer, el presupuesto doméstico para el año siguiente. En mi sistema rentístico de familia no se conocerian los créditos extraordinarios ó supletorios. Creo que en breves años se acostumbraria mi mujer al orden mas perfecto, y que estos hábitos de regularidad y de orden me ahorrarían muchos disgustos y quebrantos.

*Si yo estuviera casado*, elegiría con mucho tacto á las personas á quienes hubiese de recibir en mi casa; haría levantar muy pronto el campo á las visitas masculinas que vienen siempre, por casualidad, á la hora en que no se halla el marido en casa; no dejaria salir á mi mujer con nadie mas que conmigo; y por último, no tendria en manera alguna amigos complacientes, de aquellos que siempre están dispuestos á ofrecer el brazo. Todo esto no podria ménos de traerme á la memoria lo que hacia yo cuando era soltero.

—A esos cuerdos propósitos de nuestro adolescente añadamos las cualidades y prendas que, segun Quevedo, debe tener una esposa aceptable. Sabido es que aquel inimitable escritor habia rehuido siempre la coyunda nupcial, entregándose á locos devaneos, y señalándose por sus duras invectivas contra el estado matrimonial, segun es de ver en su *Sátira contra el matrimonio* y en cien pasajes de sus sarcásticos escritos. Comprometido á casarse, á la edad de 52 años, por efecto de cierta conjuración ó venganza femenina, la condesa-duque de Olivares, doña Inés de Súniga, se brindó á buscarle novia, dejando al arbitrio del recalcitrante poeta señalar las circunstancias que habian de adornarla y enriquecerla. “Ahora diré (contestó Quevedo) cómo quiero que sea la mujer que Dios me diere en suerte. “Noble, virtuosa y entendida; ni fea, ni hermosa (entre ambos extremos prefirióla hermosa, porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar que de quien huir.) Ni rica, ni pobre; que ni ella me compre á mi, ni yo á ella. La apetezco alegre; que en lo cotidiano y en lo propio no nos faltará tristeza á los dos. “No la quiero niña ni vieja, que son cuna ó ataúd; porque ya se me han olvidado los arrullos, y aún no he aprendido los responsos. Daria infinitas gracias á Dios si fuese sorda y tartamuda. Pero despues de todo, estimaré en mucho la mujer, tal como la deseo, y sabré sufrir la que fuere como yo la merezco.—Bien podré ser casado sin dicha, pero no mal casado.”—Casóse, y con dicha, Quevedo, dando su mano á la modesta y virtuosa señora de Cetina, doña Esperanza de Aragon y la Cabra; pero, como en castigo de sus amargas pullas contra el matrimonio, pu lo saborear por muy breve tiempo su dicha, pues el cielo le arrebató su ESPERANZA á los pocos meses de idolatrarla.

## LLANTO, MIEDO, NERVIOS.

Hé aquí ciertos apuntes del diario de una pollita.

Si la mujer no tuviese una fuente inagotable de lágrimas, no sé cómo viviria; las lágrimas tienen parentesco con los nervios, pero veo que no se puede abusar de ellas, porque son un recurso gastado.

Cuando mamá me ve llorar porque se empena en que corresponda á don Máximo, no se desespera, y al contrario, asegura que es conveniente ese desahogo.

No quiero llorar desde que un autor me enseñó que el llanto no embellece mas que el corazón de la mujer. Si llorando me pongo fea, prefiero ataques de nervios, en que puedo estudiar de antemano las posiciones y los gestos.

Mamá quiere asustarme diciéndome que los hombres son peligrosos: no tengo miedo á los hombres, ni á los truenos, ni á las enfermedades, ni á la muerte en fin.

No tengo miedo más que á morir soltera.

Asegura Soulié que padecer de los nervios quiere decir: tengo el derecho de reír, de llorar, de proferir injurias á mi marido, de vejar á los criados, de ponerme pálida, de temblar, de desmayarme, de no contestar, de no comprender, de no acordarme, etc.

Al leer estas líneas del novelista francés, me puse muy contenta, porque aunque no tengo nervios, es muy fácil fingir un ataque.

Así, en adelante, cuando mamá ó un amante me contraríen, pondré en juego toda la batería y les daré un susto.

Los nervios, al parecer, son el gran resorte dramático de las mujeres.

## A UNA CABELLERA RUBIA.

(INÉDITOS.)

I.

No con ígneos diamantes de Golconda.  
Rubí sangriento ó vívida esmeralda,  
Ni aun de risueñas flores con guirnaldas,  
Tu cabellera sin rival se esconda;

Deja que bañe su corriente blonda  
Garganta y hombros y marmórea espalda.  
Y de tu veste cándida la falda  
En torno envuelva deslumbrante su onda:

Rubia es y fragante su madeja,  
Como la miel que de olorosas flores  
Labró de Híbla susurrante abeja;

Y en sus sedosos rizos voladores  
La luz, cual lluvia de oro, se refleja  
Con repentinos lampos y esplendores....

II.

De relumbrantes joyas despojada,  
Libre de lazos y de ebúrneo diente,  
Por ambos lados de tu blanca frente  
Caer la he visto en profusion dorada;

Cual de cumbre purísima nevada  
Tras la que asoma el sol resplandeciente  
La luz en doble y fúljido torrente  
Desciende, en la magnífica alborada:

Y de tus ojos los celestes soles  
Brillaban en su cerco deslumbrante  
Y tu divina faz dulce y risueña,

Cual luce entre dorados arrebales  
El cielo azul espléndido y radiante  
En donde el alma paraísos sueña!

III.

Como de las cabezas ideales  
De los querubos del celeste coro,  
Bajaba atras su espléndido tesoro  
En largas, armoniosas espirales;

Cual tendido á los rayos orientales  
Prolonga el mar ondulaciones de oro;  
Cual la curva del Niágara sonoro  
Baja en la tarde en fúljidos raudales....

Y entonces mi entusiasta fantasía  
Poblada de magníficas visiones  
Fulgente escala en ella se finja,

Por cuyos rutilantes escalones  
Mi palpitante espíritu ascendia  
De la dicha sin fin á las regiones!....

NUMA P. LLONA.



Os ofrecí daros cuenta  
De las fiestas de estos dias,  
Y aunque no he asistido á todas  
Las conozco por noticias.  
El 27 en la noche  
Hubo fuegos, y vendimias,  
Iluminacion, repiques,  
Noche buena y alegria;  
Con paseo de elegantes  
Al rededor de la pila.  
Nuestro hermoso pabellon  
Doquiera se distinguia  
En listones, en banderas,  
Encintados, y cortinas.  
Del Club de la Union los socios  
Dieron una tertulita,  
Que segun dicen, estuvo  
Animada y concurrida.  
El 28 fué el albazo  
En la plaza de Bolívar,  
Asistiendo los colegios  
Municipales de Lima,  
Y la cancion Nacional  
Fué por ellos repetida,  
Entre cohetes y algazara  
Regocijo y griteria.  
Tambien en accion de gracias  
Como siempre, hubo una Misa,  
Siendo Monseñor Valeri  
El que predicó ese dia.  
Y formacion, y carreras,  
Y en el Teatro no cabian,  
El número de personas  
Que se encontraban reunidas.  
Allí fué el himno cantado  
Por toda la compañía,  
Y las actrices estaban  
Con tanta gracia vestidas  
Que yo al verlas exclamé  
¡Vivan las mujeres lindas!



Y sentí no haber sido hombre  
 Para hacer oír ese viva.  
 La estrofa que la Cuarenta  
 Cantó con tanta maestría,  
 En su dialecto español  
 Fué la octava maravilla.  
 Toda la sal de *Jesus*,  
 Como ellos dicen, tenía.  
 El 29 en la tarde  
 Mucha jente concurría.  
 A la plaza de Colon  
 Por verle romper la crisma,  
 Al que á ese palo encebado  
 Valor de subir tenía,  
 Pero acabó sin desgracia  
 La escena fué muy tranquila.  
 Subió, se tomó su premio  
 Como quien come una guinda,  
 Y dando un abrazo al palo  
 Bajó lleno de alegría:  
 Acariciando sus soles  
 Y procurando los vivos.  
 Tambien en la Exposicion  
 Soltaron globos dos dias,  
 Grandes y bien matizados  
 Mas no de forma bonita.  
 La portada del Callao  
 Estuvo muy concurrida  
 De jóvenes elegantes  
 Y de bellas señoritas  
 Que á pié y en coche, ostentaban  
 Su hermosura peregrina.  
 De las carreras no puedo  
 Dar razon; pues mentiria.  
 Si dijera que conozco  
 Tal diversion ni de vista.  
 Y en asuntos de caballos  
 Soy de muy poca pericia.  
 Paso pues á dar razon  
 De aquella procesion cívica,  
 Que en la Exposicion el 30,  
 Hubo y que fue tan lucida.  
 No diré los que asistieron  
 Por que asistió todo Lima.  
 Es decir sus habitantes  
 Y no quedaron tranquilas,  
 Y encerradas en su casa  
 Mas que personas tullidas,  
 O enfermos de gravedad  
 O los que á estos asistian.  
 Creo que once mil boletos  
 No bastaron aquel dia,  
 Sin contar con que pasaba  
 Todo chico de *valdivia*  
 Y que á las corporaciones  
 Igual suerte les cabia.  
 Allí con gran entusiasmo  
 Se hizo al mérito justicia,  
 Premiando en todos los ramos  
 Al que mas se distinguia,  
 Esto es digno de aplaudirse  
 Y la verdad sea dicha,  
 No se ha hecho cosa mejor  
 Y si queda establecida,  
 Tal costumbre, entre nosotros,  
 Una marcha progresiva.  
 Seguirá la juventud,  
 Que es la que mas necesita  
 Estimulo y recompensa  
 Para arrostrar sus fatigas  
 En el trabajo ó estudio,  
 Del arte á que se dedican.  
 Todo esto es un adelanto  
 Y esperanza positiva,  
 De desarraigar los vicios,  
 A que la ignorancia inclina,  
 Y la ociosidad fomenta.  
 Cuando no está combatida.  
 Dar oficio á los muchachos,  
 E ilustracion á las niñas,  
 Que como yerba silvestre  
 Dentro de su hogar crecian,

Es obra tan excelente  
 Que mas tarde las familias,  
 Han de recojer el fruto  
 En lo que ahora hallan espinas.  
 Ya ven que aplaudo deveras  
 Las cosas de aplauso dignas.  
 Pues como me llamo Justa  
 Amo mucho la justicia.  
 Y esto es la pura verdad  
 Que aunque Manuela me digan  
 Nací en el nueve de Agosto  
 (Año que me vienen encima  
 Llevándome á *vejarano*  
 De la mano á toda prisa)  
 Mas, tengo un tocayo ilustre  
 Con las condiciones mismas  
 Que se llama como yo  
 Y cumple años ese dia.  
 Pero el romance se alarga,  
 Mis lectoras se fatigan,  
 Sin embargo de las fiestas  
 La relacion no es concluida.  
 En el dia 31  
 La jente toma en partidas,  
 La direccion de Amancaes  
 Que el tiro al blanco les brinda.  
 Un gran entretenimiento:  
 ¡Todo divierte en la vida!  
 Los jóvenes entusiastas  
 A balazos acribillan,  
 Al pobre blanco, remedo  
 De un cuerpo lleno de heridas.  
 Sacando el premio mejor  
 El de mejor punteria.  
 En esa tarde un birlocho  
 Hizo una *escaramusilla*  
 Y lanzó en tierra á los jóvenes.  
 Que en él, alegres venian.  
 Pero aquellas contusiones,  
 Esas lijeras heridas  
 Son para la juventud  
 Pequeñeces que dan risa:  
 En tales casos ese susto,  
 Se lo llevan las familias.  
 La reunion de clubs Prado  
 Dizque fue numerosísima,  
 Pues se llenaban las calles  
 Con las largas comitivas,  
 Que entre música y aplausos  
 Entusiastas las seguian.  
 El 2 en la madrugada  
 Se hizo saludar al dia  
 De manera muy alegre  
 A su Exelencia y familia  
 Con el albazo de rito  
 Y que en las calles vecinas  
 Se oia con tal claridad.  
 Como en esa calle misma  
 Esta fue la única, y última,  
 Diversion, Lectoras mias.  
 Pasadlo bien y perdonen  
 Si os cansé con mis noticias.

Y á pesar de que bastaba por hoy con lo dicho, tengo un cuentecito pendiente, por seguir, y una preguntita suelta que hacer, ¿Habeis oido decir lectoras á los caballeros de vuestra casa, que mi Mosaico anterior está amargo? si es así, el de hoy si no es dulce, por lo menos es incípido.

Mas cuando se siente agrio algun manjar, Es porque está algo enfermo el paladar.  
 Tal vez en la relacion que os llevo hecha he omitido muchos pormenores, pero para ello he tenido varias razones: primera que ya es muy á destiempo, segunda que todo está consignado en otros periódicos, que para toda misa cantada, se necesita *incensario*, y mi mano no lo toca nunca.

Sabeis pues que Don Policarpo no habia querido admitir los quinientos escudos ofreci-

dos por la Sra. á quien llamaremos Clotilde. Esta, cautivada por aquel rasgo de hidalguia, habia ofrecido su casa y su amistad á este caballero que era el único que le habia hasta entonces inspirado confianza.

Pero antes de seguir, es preciso que os de una idea de la vida de esta mujer.

A los 16 años habia amado ciegameamente á su primer novio, y queriendo obtener la conviccion de que era igualmente correspondida, fingióle, que sus bienes de fortuna pasarian á otras manos el dia en que se casara. ¿Y que creen que sucedió? El presunto tomó las *de villadiego*, y Da. Clotilde siguió sometiendo á la misma prueba á todos sus pretendientes, y experimentando con cada uno el mismo desengaño hasta que llegó á decir:

No hay tal amor, es todo una quimera  
 O los hombres no tienen corazon,  
 Es mil veces mejor vivir soltera  
 Que sufrir tan amarga decepcion.

Por aqui se comprende que esta mujer era tan desconfiada como perseguida de acontecimientos que la ponian en peor estado cada dia, dudaba hasta de lo que veia, y vivia triste, desconsolada y en continuo aislamiento, sus novios habian sido interesados, sus amigas falsas, sus parientes ingratos, sus subditos altaneros y codiciosos. El primer hombre que habia encontrado bueno era el amigo Policarpo, que dotado de gran talento, habia comprendido á esta desdichada, y se habia propuesto devolverle la fé que tanta falta le habia para ser feliz.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

(Continuará.)

### CHARADA.

Es mi prima y segunda  
 Cierta título de honor,  
 Y con mi tercera y cuarta  
 A una mujer se nombró,  
 Cuentas de segunda y quinta  
 Veinte en su cuerpo lector,  
 Y por mi tercia y la misma  
 Todo brazo se dobló  
 Con mi todo en dias tales  
 Muestra el hombre su valor.

M. V. P.

### Soluciones á la charada del N<sup>o</sup> 41.

Buscando su todo hallo,  
 Un viejo y bonito puerto  
 Que es sin disputa, porcierto,  
 El célebre *Pacasmayo*.

AMALIA M. ZAVALAGA.

PACASMAYO.

H. C. de P.

Azcarule como un rayo  
 Saqué al leér "LA ALBORADA;"  
 Y luego en otra charada,  
 Patente vi "*Pacasmayo*."

CLOTILDE GONZALEZ.

San Pedro Agosto 1<sup>o</sup>. de 1875.

EMPRESA TIPOGRAFICA'

Calle de Camaná, antes Ayacucho. Ns. 128 y 130.